

Las puertas del futuro, por JACQUES BOUSQUET

En 1971 empezará la segunda década del desarrollo, plan conjunto de las Naciones Unidas para elevar el nivel de producción y de vida de los países en desarrollo.

Las mismas Naciones Unidas, por otra parte, han decidido que 1970 sea el Año Internacional de la Educación, y se ha visto a menudo que tal decisión no era una coincidencia, sino que las Naciones Unidas habían querido señalar que la educación era la puerta del desarrollo.

La conciencia del impacto de la educación sobre el desarrollo no es cosa nueva, y ya en el siglo XVIII los economistas habían subrayado las relaciones entre el sistema educativo de un país y su riqueza; sin embargo, es relativamente reciente la idea de que la planificación del desarrollo debía pasar por la planificación de la educación considerada como una imprescindible preinversión.

Pero quizá sería necesario ir más lejos. En la economía llamada post-industrial —que triunfa ya en los países más ricos del mundo y hace sentir sus efectos hasta en los países menos desarrollados—, la educación no constituye *una* preinversión, sino *la* preinversión. La razón de esto es que la llamada economía post-industrial es, de hecho, una economía del saber que va sustituyendo a la clásica economía de bienes. Hoy día las industrias de vanguardia son industrias del saber; es una absoluta evidencia en el caso de la informática por ejemplo; pero, en diversos grados, es

cierto también para toda la electrónica, la mecánica de precisión, la óptica, la bioquímica, etc. Así como en la industria, la extensión y sofisticación creciente de los servicios —sea los servicios de organización (análisis operacional, «marketing»), sea los servicios de información (prensa, cine, radio, televisión, traducción e interpretación), o de los servicios de sanidad— se apoyan esencialmente sobre el saber. Tenemos confirmación de esta evolución a través de las tendencias del mercado de trabajo; hace cuarenta años un matemático, un psicólogo, un sociólogo, un lingüista apenas tenían posibilidad de colocación fuera de la enseñanza; hoy día este tipo de saberes permite el acceso a una gran cantidad de profesiones.

Se ha calculado que la producción y distribución del saber —ideas, conocimientos, informaciones— representaban la cuarta parte del producto nacional bruto de Estados Unidos en 1955 y la tercera parte en 1965, y se prevé que este porcentaje pasará al 50 por 100 en 1980. Pero estas estadísticas, por elocuentes que sean, no dan cuenta completa de un fenómeno mucho más general, que es el nacimiento de la economía del saber. Ayer las profesiones intelectuales se reducían a ingeniería, medicina, derecho, enseñanza, iglesia; ahora todas las profesiones tienden a ser profesiones intelectuales; en todos los campos y a todos los niveles de productividad son una función directa de los conocimientos y de la organización.

Estamos, por tanto, frente a una situación completamente nueva: no solamente la educación no es un lujo, una actividad de consumo; ni siquiera se puede considerar como un sector del desarrollo entre otros, sino que es la energía primera del desarrollo económico.

Del desarrollo económico, pero también del desarrollo humano en general. La misma aceleración del progreso científico y técnico que podemos observar en este siglo y que está desembocando en una economía del saber provoca graves tensiones psicológicas y sociales.

Las tensiones sociales están en la mente de todos los que leemos el periódico de cada mañana; es el constante peligro de guerra que producen exageradas diferencias de nivel de vida entre países ricos y países pobres; dentro de cada país, es la exagerada diferencia de nivel económico, social y cultural, entre los más privilegiados y los más necesitados. Los mismos ricos, o por lo menos sus hijos, no dejan de estar inquietos, y la rebelión de la juventud contra la sociedad de consumo es un signo que no se puede ignorar; cualesquiera que sean las causas inmediatas de tal o cual movimiento estudiantil no se podrían explicar las explosiones del año 1968, por ejemplo, si no existiera una situación general sumamente explosiva; ninguna semilla puede crecer donde no hay terreno que la nutra.

La crisis de la sociedad es, por tanto, también una crisis de las personas. El profundo cambio de los marcos tradicionales de la sociedad (familia, profesión, comunidad...), los cambios de costumbres, de modas, del ambiente general de la vida, el peso de la iniciativa y de la libertad que la sociedad, por así decirlo, exige ahora del individuo al mismo tiempo que no le deja en condición de iniciativa y libertad, todo eso conduce a una inquietud fundamental y permanente. Los disturbios emocionales y mentales que fueron una de las características de la psicología del hombre occidental en la primera mitad de nuestro siglo (que fue la época del psicoanálisis) están tomando ya una dimensión sociológica. A los comienzos de la economía del saber corresponde hoy día una cultura de inquietud.

Tal situación no puede prolongarse indefinidamente sin inmensos peligros para la raza humana considerada tanto en su totalidad como en la persona de cada uno. En estas condiciones, nuestro casi único recurso es la educación: una educación para la paz internacional y social a través de la justicia internacional y social; una educación del equilibrio individual a través de una formación para la libertad y la iniciativa, una educación de la convivencia a través de una mejor comunicación con el otro.

No se trata ya de una posible renovación pedagógica y de mejoras deseables, sino de algo vital y apremiante.

La educación es la puerta del futuro en un sentido estricto, porque sin la debida educación puede ser que no haya futuro para los hombres. No se trata solamente de desarrollo, sino de la misma supervivencia.

Son estas perspectivas las que dan, a mi parecer, una importancia trascendental al Año Internacional de la Educación en las vísperas de la segunda década del desarrollo. La educación no se puede ya considerar como una parte del desarrollo, sino como la primera condición del mismo.

El mismo hecho de que los efectos de la educación sean relativamente lentos y que tengan un impacto sobre el desarrollo socioeconómico, con cinco, diez y a menudo quince años de retraso, nos indica que conviene empezar cuanto antes el esfuerzo de la sociedad sobre la educación.

En buen análisis operacional, tal deducción parece irrefutable. Desde hace unos diez años, así como lo señalaba previamente, la idea de que la educación era una preinversión indispensable se ha ido imponiendo al pensamiento económico; pero la planificación general no ha sacado en seguida todas las consecuencias de esta idea; si la educación es una preinversión, es lógico que un desarrollo racionalmente planificado debe empezar por la educación. Dar prioridad financiera a la educación no es ningún gesto de demagogia, sino lógica elemental. Por enormes que hayan sido los esfuerzos realizados por la comunidad internacional en el sector de la educación durante la primera década del desarrollo (1960-1970), estos esfuer-

zos no han sido, sin embargo, suficientes en vista de la prioridad absoluta que debía tener la educación. No han sido suficientes, pero tampoco han estado siempre orientados de la manera más adecuada. El desarrollo de la educación significa demasiado a menudo extender un cierto tipo de educación, el cual es: 1) únicamente escolar; 2) hipnotizado a veces por el concepto de enseñanza y de maestro que enseña; 3), de rendimiento excesivamente bajo; 4) adaptado a las necesidades socioeconómico-culturales de manera más simbólica que real.

Sería sumamente absurdo bajo el pretexto que el esfuerzo cuantitativo no haya tenido en el pasado tanto rendimiento práctico como lo hubiera podido tener, interrumpir o restringir la extensión de la educación para llevar toda nuestra atención hacia los aspectos del perfeccionamiento de la educación; pero en la segunda década es imprescindible que extensión y perfeccionamiento estén mucho más íntimamente ligados de lo que han estado hasta ahora. En efecto, se ha comprobado de manera cada vez más evidente durante los últimos años, que el sistema de educación necesita no de unos cuantos retoques, sino de una renovación profunda. La educación debe hacer su «aggiornamento».

Aunque las ciencias de la educación estén todavía en sus comienzos, existe una distancia escandalosa entre lo que se sabe de pedagogía y lo que se hace en una clase. Desde hace medio siglo todos los pedagogos insisten sobre temas, como la enseñanza activa, la enseñanza individualizada, la enseñanza mutua, la adaptación de los programas al desarrollo del joven y a las necesidades verdaderas de la vida profesional, social e individual; y, sin embargo, con unas reformas muy superficiales, la escuela permanece fundamentalmente igual que en el siglo XIX, mientras que en torno a ella todo ha cambiado.

Con el riesgo de repetir trivialidades, he aquí, por ejemplo, siete puntos sobre los cuales creo que todo el mundo está más o menos de acuerdo:

1. Hace falta mejorar la comunicación dentro de la clase; demasiado a menudo el profesor da información sin haber establecido comunicación; para me-

jorar la comunicación hay que reducir las tensiones del grupo, hacer que el grupo de alumnos se transforme en una pequeña sociedad; además, la vida social de la clase es la única preparación posible a la vida social futura.

2. Dentro de la micro-sociedad de la clase, hay que aprovechar las inmensas posibilidades de la enseñanza mutua entre los alumnos; tal es, a primera vista, la solución más fácil y más elegante del problema universal de las clases demasiado numerosas.

3. Es preciso actualizar los programas escolares a la vista de los progresos de la ciencia y de las nuevas estructuras de los conocimientos; las distintas materias se deben integrar (ejemplo: centros de interés); lo que se enseña en la clase se debe relacionar, de manera mucho más estricta, con las realidades de la vida.

4. Es preciso utilizar al máximo los nuevos medios puestos a disposición de la educación por la tecnología moderna; hacerlo sin fetichismo, pero sin timidez.

5. La educación no debe obsesionarse con la evaluación del alumno; es interesante evaluar, pero es mucho más importante educar; se debe pasar de la actual escuela del fracaso hacia una educación del éxito.

6. La educación no debe encerrarse en la escuela y en la edad llamada escolar, sino aprovechar todos los recursos de formación y de información de la sociedad moderna, desembocando en una educación permanente que deje a todos, durante toda la vida, todas sus posibilidades de promoción socioeconómico-cultural.

7. Para alcanzar estos objetivos, es imprescindible empezar por la formación del profesorado; maestros y profesores del futuro no pueden prepararse con los métodos librescos de ayer; la formación del profesorado debe ser la primera en adoptar la pedagogía de la comunicación, la enseñanza mutua, los medios tecnológicos modernos que se pretende introducir en las clases.

En teoría, todas estas ideas se aceptan de manera general, y todos proclamamos la necesidad del cambio y de la innovación. Sin embargo, la práctica es muy distinta de la teoría. Sería sumamente inte-

resante estudiar por qué no pocas reformas educativas se han estancado para volver a lo de antes; tal historia de las reformas pasadas no sería reflexión masoquista, sino que, quizá, nos permitiría encontrar la estrategia de la imprescindible renovación educativa.

Una primera razón de los fracasos en el pasado puede ser la falta de planificación de las reformas. Una reforma, por ser algo mucho más complicado y delicado que una mera extensión cuantitativa, exige cuidadosa planificación y programación. Es preciso, por tanto, montar con todo rigor el mecanismo de la reforma, previendo las etapas de la misma en estrecha relación con las etapas del plan de extensión y, sobre todo, estableciendo un sistema de «demultiplicación» de las innovaciones a través de la formación y del perfeccionamiento del profesorado.

Pero esta primera respuesta conduce a una nueva pregunta. ¿Por qué no suele hacerse esta planificación y programación de las reformas, aparentemente tan necesaria? Debe de haber alguna razón profunda. Y aquí es preciso, si queremos ir adelante, aceptar una realidad cruel, pero evidente: una verdadera reforma de la educación choca contra resistencias colosales de orden social, profesional y cultural. El primer paso de la reforma es, en consecuencia, tomar plena consciencia de

las resistencias, analizarlas, comprenderlas. Y el segundo paso será establecer un plan para reducir las resistencias a través de una campaña —quizá muy larga— con vista a explicar, convencer, convertir. Antes de emprender el cambio de la educación, es preciso educar para el cambio, y toda la dificultad está en encontrar el primer grupo, a lo mejor muy reducido, de hombres absolutamente convencidos y desinteresados que empiecen esta campaña para la reforma.

Así —y como, en el fondo, es muy natural— el progreso de la educación comienza con educación y, probablemente, con educación mutua y auto-educación. El Año Internacional de la Educación, más que cualquier otra cosa, debería, en mi opinión, ser una ocasión de meditar sobre la educación. Meditar sobre el significado de la educación para el futuro de la humanidad, su desarrollo y, quizá, su supervivencia. Meditar sobre la necesidad de ser lógico, serio y honesto dando a la educación en nuestras preocupaciones y en nuestros actos la prioridad que le corresponde. Meditar sobre nuestras resistencias frente a cambios que se proclaman necesarios, pero que a la hora de la verdad raramente se realizan. El Año Internacional de la Educación es una oportunidad para dejar abiertas de par en par las puertas del futuro.